

Domingo 3 Adviento. Año A

Lectio divina sobre Mt 11,2-11

Cercana ya la Navidad, el gozo ante la próxima venida de Dios debería dominar el tiempo que aún nos separa de ella: quien ama al que espera, se alegra al saberlo cercano; no le hace falta gozar ya de su presencia para poder sentir gozo ante su inminente llegada. Nuestra alegría, mientras aún esperamos que Dios venga a nuestras vidas, es la forma de testimoniar nuestro amor al Dios que tanta falta nos hace. A los creyentes nos debería resultar posible vivir alegres en un mundo del que Dios parece estar ausente, si supiéramos que ya está en camino; presentir su regreso es recuperar la alegría de vivir. La liturgia insiste en esta alegría que nace de saber a Dios cercano: bastaría ponerse a esperarle de verdad, preparando su vuelta, para que nos fuera devuelta la alegría de vivir sabiendo ya próximo a nosotros a nuestro Dios.

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, le mandó a preguntar por medio de sus discípulos:

-«¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»

Jesús les respondió:

-«Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo:

los ciegos ven, y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio.

¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!»

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:

-«¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:

"Yo envío mi mensajero delante de ti, para que prepare el camino ante ti."

Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Antes de iniciar Jesús su ministerio en Galilea, el Bautista le precedió y anunció inminente (Mt 3,1-11). Al final de su ministerio, próximo su cruento final (Mt 14,1-12), el Bautista será proclamado por Jesús como el mayor de los profetas: *Jesús, que no entró en la historia sin hacerse anunciar por el Bautista, no dejó que éste saliera de la historia sin reconocer públicamente su grandeza.* Así 'paga' Jesús a quien, anunciándole, prepara su venida entre los hombres.

El texto evangélico recoge el *testimonio público que Jesús da sobre su predecesor.* La solemne declaración de Jesús, hay que advertirlo, es más una confesión 'arrancada' que una proclamación voluntaria. Pues inquietado por la actuación de Jesús, el Bautista manda a preguntar a Jesús si es, en realidad, el Esperado; no parece estar muy seguro de quién es, en realidad, Jesús. Es todo un drama: *quien lo anunció cercano no logró identificarlo cuando lo tuvo presente; quien sabía lo que iba a hacer, no lo supo ver cuando lo estaba realizando...*

La respuesta de Jesús es doble: contesta a los discípulos de Juan, sin decirles quién es sino recordándoles todo lo que está haciendo; a la gente, no les habla de sí, sino del Bautista, el mayor nacido de mujer. En ambos casos, Jesús no desvela quién es. No ha llegado el momento de hacerlo.

En lugar de una contestación clara, los discípulos del Bautista reciben de Jesús pistas o señales, para que lleguen ellos, por sí solos, a la dicha de la fe: lo que Jesús está haciendo – y Mateo ya ha narrado, cf. Mt 8-9 – son las obras que inauguran la era mesiánica anunciada por los profetas (cf. Is 29,18-19; 35,5-6; 61,1). Quien no se 'tropiece' con Jesús y lo acepte como su salvador, habrá entrado, feliz, en su reino. No sabemos si el Bautista consideró satisfactoria una respuesta tan sutil y de consecuencias tan peligrosas.

Ante la gente que lo rodea, Jesús hace el mayor panegírico que ha salido de su boca: ningún nacido de mujer es mayor que Juan. ¡Ni a su madre, siquiera una vez en todo el evangelio, Jesús ha elogiado tanto! Pero tal grandeza no es la mayor, pues no es comparable con la de los que, aceptándole a Él, nazcan para el Reino.

A pesar de cumplir con las expectativas de los hombres y las promesas de Dios, Jesús no siempre es reconocido, ni siquiera por los mejores. Preguntarse por Él es signo de grandeza; no escandalizarse de Él consigue el reino. *No basta, pues, con quedarse sorprendido ante Jesús, preguntarse por su modo de actuar; es necesario aceptarle como el Cristo que quiere ser y no esperar de Él más que lo que Él desea ser para nosotros.*

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

No basta con anunciar la venida de Jesús, no es suficiente con saberlo cercano; hay que saber identificarle, cuando esté entre nosotros. El evangelio hoy nos lo advierte con claridad. Juan Bautista se pasó toda su vida esperando la salvación inminente de Dios; tan convencido estaba de que el Señor iba a venir, que se dedicó por completo a

preparar su llegada. Por eso, resulta trágico oír que, al final de sus días, no supiera aún que el Dios tan esperado se había hecho ya presente en Jesús de Nazaret. Desde la cárcel, donde estaba por ser fiel al Dios que esperaba, mandó a preguntar a Jesús si Él era el que debía venir o todavía tendrían que seguir esperando. *Su fidelidad a Dios, su esperanza activa, la certeza de que un día vendría, no le preparó bien para reconocerlo cuando llegó el momento. ¿Qué le faltó al 'mayor nacido de mujer' para llegar a ser creyente? Tras tanta espera y tanta fidelidad, no supo si debía identificar en Jesús al que esperaba; ¡de bien poco le sirvió toda una vida de penitencia y su trabajo de predicador!*

Nos puede estar sucediendo algo parecido a nosotros, los creyentes hoy, por más tiempo que lo hayamos estado esperado. Aunque vivamos deseándole durante nuestra vida, podemos perdérselo cuando venga, como Juan, por habernos hecho una idea de Él que no se corresponde con lo que Él quiere ser para nosotros. Aunque fue esperado, de nada sirvió que Jesús viniera, ya que esperaban de él otros comportamientos. *Por haberse hecho una idea de cómo debía ser el que había de venir, muchos no lo reconocieron cuando finalmente vino. No les faltó esperanza, les sobró imaginación: creyeron saber cómo debía actuar el mesías y no pudieron reconocerlo mientras actuaba entre ellos.*

¿No nos está pasando a nosotros algo parecido?. A base de imaginarnos cómo debe de ser, lo perdemos cuando se nos muestra como quiere ser Él. Mientras lo echábamos de menos, a la medida de nuestras necesidades, nos hemos alejado tanto de quien es Él en realidad que no somos capaces de identificarlo, por más cercano que se nos haga. Y es que resulta lógico que, cuando esperamos a Dios porque le echamos en falta, nos ilusionemos con un Dios que colme nuestras carencias y calme nuestra necesidad; pero así *ponemos en grave riesgo nuestro encuentro con Él, por desearle sólo por lo mucho que nos hace falta. Si lo queremos por cuanto puede darnos, nada recibiremos de El. Esperarle únicamente por la falta que nos hace, no es la mejor manera de prepararnos para su llegada.*

Si hasta Juan, el mayor nacido de mujer, se sintió inseguro ante Jesús, porque lo que sabía de Jesús no correspondía con sus expectativas, no sería nada extraño que a nosotros también, que no llegamos a ser hombres de Dios como el Bautista, nos resulte extraño un Dios que se nos acerca en Jesús, en un hombre, en su actuación y en su predicación. Sólo quien supera esa perplejidad, gozará de su presencia. *Si permitimos que Dios sea el que quiere ser y como quiere serlo, lo encontraremos, como María, estupendo, simplemente maravilloso: ¡felices nosotros si Dios no nos defrauda!* Bienaventurados seremos si, porque no nos hacemos ilusiones sobre cómo debe ser con nosotros el Dios que esperamos, no nos desilusiona el Dios que se nos quiere acercar en Cristo Jesús.

Porque, como el mismo Jesús pudo demostrar aludiendo a sus obras, el Dios esperado estaba con Él, se acercaba a cuantos, por tener tanta necesidad de Dios, le dejaban que se les mostrara como El quisiera. En los días de Jesús como en los nuestros, son los necesitados, los pobres, los que ponen menos exigencias previas a Dios, los que no se sienten por El defraudados, los que consiguen que venga a sus vidas como Él quiere. Esa fue *la contraseña que Jesús dio al Bautista para convencerle de que no debía esperar a ningún otro: los más necesitados se sentirán atendidos por Dios, cuando Él venga.* Para quienes sufren dolencias o carecen de lo necesario, para quienes se saben pobres y sin luces, la cercanía de Dios a sus vidas es el mejor regalo posible, y una sorpresa continua. Ellos jamás se defraudarán de Dios y, por eso, lograrán sin mucho esfuerzo ser felices.

Si para vivir el gozo de tener un Dios tan cercano que se nos hizo uno de nosotros, no hay que desanimarse de Dios, habrá que *dejarle ser el Dios que quiere ser para nosotros, sin pretender que se acomode a nuestras ideas y que cumpla con nuestras expectativas.* Lo cual significa que, ante Él y antes de que venga, debemos aceptar nuestra pobreza, nuestras miserias, sin ilusionarnos que ha de venir sólo para solucionarnos los problemas que tenemos. *Vivir sin defraudarse de Dios, porque nos dará más de lo que nosotros necesitamos y más de cuanto podamos imaginarnos, es vivir con gozo ya, a pesar de nuestra pobreza y en medio de nuestras limitaciones.*

Y si algo *debemos al mundo* en el que vivimos los que vivimos esperando a Dios, es *la alegría de vivir esperanzados.* Debemos al mundo el testimonio de una dicha que no se desinteresa de la dicha de los demás, que no sabe ser feliz sin hacer felices a cuantos nos rodean, que puede renunciar a una pequeña alegría porque vive esperando la mejor, a su Señor Jesús. Poner en él nuestra esperanza y poner nuestra dicha en que los demás vivan con mayor alegría, significaría identificarle presente entre nosotros, porque quien acerca la alegría a los hombres les acerca, lo sepa o no, al mismo Dios. Esta es nuestra tarea. Porque no podremos fehacientemente celebrar la presencia de Dios en nuestro mundo, si no logramos vivir esperanzados: *el gozo del creyente no lo alimenta su propio éxito, sino su único Señor.*